

I Jornada parroquial

Somos piedras vivas, edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo.

(1 Pe 2, 5)

Meditación en la capilla

Convocados en la capilla, iniciamos la jornada meditando sobre la primera carta de San Pedro a los cristianos de Asia Menor. En esta carta, el apóstol define cómo ha de ser la comunidad de fieles, y cuáles han de ser sus actitudes en el mundo. Leemos varias citas y el P. Joaquín las va comentando.

“Sed santos, porque santo soy yo” (1 Pe 1, 15).

¿Qué entendemos por santidad? No se trata de hacer grandes cosas, ni emprender hazañas heroicas. Ser santos es ser amigos de Dios, es llenar el centro de nuestra vida de Dios, dejándonos amar por él. Toda persona normal y corriente está llamada a ser santa.

“Amaos con amor fraternal, no fingido, con intensidad y muy cordialmente unos a otros” (1 Pe 1, 22).

San Pedro afronta los problemas habituales de toda comunidad: peleas, celos, envidias... Y carga contra la hipocresía y el fariseísmo. Que el amor no sea fingido. Deberíamos preguntarnos qué tapamos cuando estamos fingiendo. ¿No estaremos prostituyendo el concepto del amor? Pedro nos urge a amar de veras, sin fingir. No mantengamos relaciones falsas, ni seamos amables simplemente para “quedar bien”. Somos como somos y no siempre sintonizamos con todos, pero no estamos aquí porque nos caigamos bien, o porque todos pensemos lo mismo. Nos convoca Cristo. La motivación de venir no es psicológica, sino la persona de Jesús y su mandato: “Amaos como yo os he amado”. Amar como Jesús requiere una conversión interior para superar los condicionantes físicos y psicológicos. Jesús nos llama a la autenticidad, a la coherencia. Somos cristianos y no hemos de ocultarlo. Seamos coherentes. La gente capta lo que es sincero y lo que no, lo auténtico.

Amar y ser auténtico puede molestar —la luz suele molestar— pero no hemos de dejar de brillar, porque el mundo necesita esta luz.

“Obrando el bien, amordacemos la ignorancia de los hombres insensatos: como libres, y no como quien tiene la libertad como cobertura para hacer el mal, sino como servidores de Dios. [...] Mejor es padecer haciendo el bien que padecer haciendo el mal” (1 Pe 2, 15 – 3, 17).

Nuestra fe nos puede llevar al rechazo, al dolor. Jesús no quiere que suframos porque sí, él ya sufrió por todos. El sufrimiento es consecuencia de la libertad, del amar. No es buscado, está

ahí. ¿Cómo hacer que el sufrimiento sea redentor, que nos purifique, que nos haga madurar, que nos acerque a Cristo crucificado?

No nos quedemos en el Cristo de la cruz ni en la mística del dolor. ¡Jesús resucitó! Esto cambia nuestra historia y nuestra forma de estar en el mundo. “Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe”, dijo San Pablo. Yo añadiría: si Cristo no hubiera resucitado, el sufrimiento tampoco tendría ningún sentido. El dolor no puede reducirse a una experiencia física, psicológica o moral. Hay que verlo desde la perspectiva de la resurrección.

“Y si con todo padeciereis por la justicia, bienaventurados vosotros. No temáis ni os turbéis, antes glorificad en vuestros corazones a Cristo nuestro Señor y estad prontos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere, pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia, para que en aquello que sois calumniados queden confundidos los que denigran vuestra buena conducta en Cristo” (1 Pe 3, 14-16).

Dar razón de nuestra esperanza, con sosiego, con paz. Pese a la crisis y a los problemas, ¿somos capaces de dar razón, de explicar lo que nos mueve a tener esperanza, que es Cristo y nuestra experiencia vital con él?

Sin esperanza, sin entusiasmo, sin ilusión, no podremos ser testimonios coherentes ante el mundo. Tenemos la obligación de predicar el evangelio, de anunciar a Cristo.

Nos jugamos lo que somos cuando respondemos a los desafíos del mundo. Nuestra esperanza cristiana puede transformar nuestra vida, ¿no es cierto? ¿Nos da fuerza para no quedar aplastados? ¿Lo creemos de verdad? ¿Cómo hacerlo?

Los mensajes agoreros y apocalípticos, ojo con ellos. Eso no es dar razón humilde y dulce de nuestra esperanza. Con Cristo resucitado nada hay que temer. El mundo, el destino, está en manos de Dios. ¿Qué sentido tiene angustiarse, si Cristo está con nosotros?

La fe es un regalo de Dios.

La fe es también un acto de libertad.

Dios nos ha hecho libres y entiende que podemos decir no al cielo, no al amor. Él nunca nos obligará a amarle, jamás condicionará nuestra libertad. Toda experiencia de Dios ha de estar basada en la libertad, no en el miedo ni en los mensajes apocalípticos.

¿Qué hacer? Abrirnos a Dios, a su voluntad: estamos en sus manos.

Hay que predicar con claridad, pero sin obligar a nadie, ni siquiera a hacer cosas buenas. Cuando los matrimonios se casan por la Iglesia, se les pregunta si vienen libre y voluntariamente. Si no son libres, el matrimonio es nulo. Sin libertad no puede haber amor.

La fe también se fundamenta en la libertad. Dios no es un emperador justiciero. Se salvará quien crea, pero nosotros prediquemos, como dice San Pablo, a tiempo y a destiempo.

Se trata de ofrecer, no de imponer ni de amenazar. No cultivemos una teología del miedo al infierno, sino una teología basada en la alegría de un mensaje transformador. Hemos de guardar la humildad en el contenido y en las formas. Esto seducirá a quien nos oye.

“Todos tengan un mismo sentir, sean compasivos, fraternales, misericordiosos y humildes, no devolviendo mal por mal” (1 Pe 3, 8-9).

Es complicado aunar los sentimientos. Pero nos unen, por encima de todo, los sentimientos de Cristo, un deseo común a todos.

Si no logramos este sentimiento común, no haremos comunidad. Es tan fácil hacer “capillitas”, dividirnos, criticar a los otros... Hemos de latir con un mismo corazón, el de Cristo. Sin él, caeremos en la dispersión basada en pequeñeces tontas —celos, envidias...—. Perderemos el tiempo.

Una comunidad que solo viene a misa no basta. La misión, la formación y el sentido de pertenencia son importantes. Si la misa es fuente de comunión, más allá de las simpatías personales, debería unirnos y hacernos hermanos, no extraños ni indiferentes unos a otros. Los espacios antes de la misa y después de la misa son tan importantes como la misma celebración. Dios está allí presente, al igual que en otras actividades fuera de la liturgia.

Si la eucaristía no nos llena de coraje y no nos acerca a los demás, como hermanos, no nos alimentará de verdad, no dará el fruto que tiene que dar y será fácil que caigamos en la rutina. La liturgia nos ha de espolear hacia fuera para volver luego adentro con fuerza renovada. Estamos llamados a dar fruto. Si la eucaristía no nos hace crecer, ¿qué estamos haciendo?

“Bienaventurados vosotros si por Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Pe 4, 14).

La Iglesia siempre ha sufrido ataques. No hablemos tanto de ultrajes. Qué coraje tuvieron los santos y los mártires, capaces de morir por coherencia con su fe, por Aquel —una persona, no una idea— en quien creían, Jesús.

Hoy somos perseguidos de otra manera, no tanto con amenazas físicas, como en otros países o en otras épocas. Pero, más que ataques, aquí lo que nos pasa es que nos falta vigor y entusiasmo por la fe. Nos debilitamos por dentro. Hemos caído en la apatía. Tengamos la valentía, no de enfrentarnos a nadie, sino de sacudirnos a nosotros mismos, ¡estamos dormidos! ¿No nos hace vibrar el evangelio? Cometemos un ultraje contra nuestra alma cada vez que nos deslizamos por el tobogán de la desidia.

“El Espíritu de Dios reposa sobre nosotros”: él nos hace vivir. Ya cuando recibimos el bautismo, el Espíritu reposaba sobre nosotros. Si rezamos, comulgamos, practicamos los sacramentos... ¡claro que Dios reposa sobre nosotros! Dice Jesús: “Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Cada vez que el cristiano es coherente con su fe, el Espíritu Santo está en él y se hace realidad en su vida.

Plática

Una llamada al testimonio

No podemos transmitir si no tenemos una experiencia de vocación. En el fundamento del apostolado, además de la oración, hay un hecho histórico: una llamada. Jesús nos llama a sumarnos a su empresa.

Sin experiencia de encuentro personal con Jesús no hay vocación. No es lo mismo ese encuentro de tú a tú que vivir inmersos en un contexto parroquial y seguir una inercia, por costumbre.

Sin un enamoramiento, sin un deseo profundo, no es posible un proyecto de pareja. De igual modo, si no me enamoro de Dios, si no me siento llamado, no será posible un proyecto evangelizador.

Nunca habrá comunidad si no nos sentimos llamados a evangelizar. Si no hay ese tú a tú con Jesús, no podremos vibrar con él.

¿Cómo sabemos si somos llamados?

Aquí entra el sacerdote, el pastor. Él sabe discernir, intuye los carismas y llama a las personas a evangelizar. Pero si no hay un corazón abierto, no puede haber respuesta. La actitud de predisposición a escuchar, sumada al discernimiento del pastor y su invitación son el fundamento de la llamada.

Hoy tenemos parroquias, pero no comunidades. Nos falla esta vocación a evangelizar. De todos los feligreses que somos, ¿cuántos vibran? ¿Quiénes se comprometen? Y el resto, ¿no se sienten llamados? ¿El cura quizás no ha sabido discernir? ¿O es que nos basta con cumplir los preceptos?

Si no hay vocación, la gente de afuera verá a muchos que vienen a misa. Cumplen bien, y basta. Pero esto no interpela.

¿A qué nos llama Jesús? En la llamada hay una doble dimensión: estar con él y a predicar su Reino.

Esto significa:

1. Vivir la fraternidad, en comunión unos con otros y con él.
2. Ser llamados a esparcir su Reino en el mundo.

Jesús nos llama a ser generosos, creativos, a continuar la misión de los apóstoles, a hacer cielo en la tierra. No nos llama a cumplir unos preceptos, a hacer lo justo, o a pasarlo bien. Nos llama a construir su Reino, a unirnos a él, a convertirnos y entregarnos a los demás. Si lo hacemos así, las parroquias funcionarán.

Ahora nos encontramos con que hacemos muchas cosas: actividades, reuniones, y siempre repetimos lo mismo. De nada sirven nuestros esfuerzos si no provocamos un cambio interior en las personas. Corremos el riesgo de desanimarnos, darlo todo por inútil y encerrarnos.

Esta parroquia se ha centrado durante mucho tiempo solo en la vida sacramental. Venía mucha gente por la liturgia, sin llegar a formar comunidad. Todo esto, siendo importante, fue en detrimento de una tarea evangelizadora, encarnada en el barrio. Nuestra iglesia se llena mucho, pero hay poco sentido de evangelización, de misión hacia fuera.

El obispo Carrera, cuando me encomendó la parroquia de San Pablo, en Badalona, me dijo: «Sal fuera. Saca la parroquia fuera de sus paredes, ve a los alejados. Predica fuera, haz presencia en el barrio, es necesario».

Estamos llamados a dar testimonio, a ser apóstoles, a salir fuera de los muros parroquiales. Hemos de iniciar una pastoral de los alejados. Esto será fecundo.

Ahora bien, ¿de qué damos testimonio? De lo que somos y vivimos, de lo que celebramos y creemos, de Cristo.

Lo tenemos todo, ¡y los ojos no nos brillan! La parroquia somos todos. Todos somos piedras vivas, no vestigios del pasado, sino vivientes. Una parroquia sin vida es una ruina arqueológica. Infecunda, sin vida, condenada a desaparecer. ¿Qué nos pasa? Hemos de volver a los orígenes. Santa Clara aconsejaba a sus hermanas que, cuando tuvieran dudas y vacilaciones, recordaran el inicio de su vocación. ¿Qué nos llamó? ¿Qué nos enamoró? Si no reavivamos esa chispa, la comunidad irá muriendo.

Aunque recibamos críticas, inquietemos a la gente, feligreses y vecinos del barrio. No demos más de lo mismo. ¡No despiertan! No puede ser que la resurrección de Jesús sea incapaz de fundir nuestros corazones gélidos. No estamos llamados a hacer teatro. Dejemos que Cristo entre en nosotros y tarde o temprano la Palabra calará y dará fruto.

Coloquio

Conchita comenta sobre el excesivo formalismo y la importancia que antes se daba a las formas y a la vestimenta, y a la actitud inflexible de algunos sacerdotes.

P. Joaquín responde que Jesús rompe con el excesivo ritualismo y el formalismo farisaico. La pastoral no puede lastrarse con prejuicios morales o personales. Por encima de las ideas está el profundo respeto a la persona. No se puede juzgar por las apariencias a nadie.

El amor es más importante que toda la estructura. Sin amor, estaremos haciendo teatro. Con amor, estamos redimiendo.

El sujeto de la evangelización es la persona. Cuando las ideologías dificultan la pastoral estamos haciendo política, barriendo “para nuestra casa”, pero no hacemos Iglesia universal.

Koba comenta que comprender la Palabra de Dios es importante para ver cómo nos toca a cada uno de nosotros. Somos familia, pero hay diferencias entre nosotros. ¿Cómo encontrar la igualdad? Somos como hijos diferentes de un mismo Padre. Es difícil comprender su justicia. ¿Por qué unos sufren y otros no?

Gabriela habla del drama de educar a los hijos cristianamente y ver que luego abandonan la fe y rechazan la Iglesia, criticándola. Todo lo cuestionan, no comprenden la fe.

P. Joaquín responde que tiene que haber una correlación entre nuestra llamada y lo que hacemos. Sin respuesta, no hay nada.

Sigfried explica que desde su conversión se fija más en las personas y en las cosas, y se hace más radical. Le molestan mucho las personas hipócritas y mojigatas. Cuando reza, dice, se aísla y habla a Dios y a la Virgen con naturalidad. «He cambiado. En cada paso que doy pongo gotas de amor. Esto revierte en uno mismo y da paz. Y esto es extensible a todos.»

Vicente dice que del dicho al hecho hay un gran trecho. Es difícil que la gente se conciencie y escuche lo que Dios le pide. Lo ha visto en muchos lugares, de España y América. Ciertas celebraciones pueden animar a la gente a colaborar más, como las procesiones, que despiertan el fervor y la euforia. Explica la Pasión en Ecuador y una procesión llamada de los milagros, a donde acuden miles de personas. ¿Se podría hacer aquí algo similar?

Pedro dice que el milagro más importante será cuando muramos y veamos a Dios. La vida es un tránsito y solo nos llevaremos lo que tenemos dentro. Pensar esto debería llenarnos y hacernos olvidar de la codicia y el afán por el dinero, y librarnos de tanto egoísmo.

Montse de Paz comenta que todos hemos recibido una herencia religiosa, pero en un momento dado de nuestra vida hemos de decidir: aceptarla y profundizar en ella, o seguir en la rutina por tradición o bien rechazarla. Si hay una experiencia personal, la fe se consolida y crece. Tampoco cree que haya que potenciar la parafernalia externa, las procesiones y el espectáculo. El primer cristianismo fue muy discreto, casi oculto a los ojos de la mayoría de ciudadanos, vivido en la privacidad o incluso en el secreto, y en cambio fue muy vivo. Tanto, que en tres siglos había calado en todo el Mediterráneo.

Vicente observa que la pasión que siente la gente por el fútbol habría que despertarla por el hecho religioso.

Montse replica que el fútbol colma unas necesidades emocionales muy humanas, por eso muchos lo viven con fervor religioso. Pero quita tiempo, energía, dinero... Llena un poco y quita mucho. Es un negocio despiadado, y la fe no es eso.

P. Joaquín alerta contra la religión espectáculo. Podemos reducir al fe a un estado emocional —la euforia de Ramos, la milagrería— pero eso no es la fe. Las celebraciones y procesiones están bien y tienen valor pedagógico y antropológico, pero no lo son todo. No caigamos en la trampa de las religiones-show.

Montse Sarrà comenta la experiencia de Gabriela que ella comparte: ha tenido unos buenos hijos, pero han perdido la fe. Le duele que en la Iglesia algunos curas vayan a la zaga de los “modernos”, y viceversa.

Jordi comenta que a él tampoco le van los rosarios y ciertas devociones, que él no vive la fe así. En el pasado se ha dado una educación religiosa un tanto contradictoria: por un lado se nos hablaba del Dios Amor y, por otro, al llegar a la iglesia, todo era pecado y temor al infierno y al castigo. Cree que hay una o dos generaciones perdidas. En la familia tiene que nacer la fe. Si los padres no la viven, los hijos la perderán.

Julita afirma que la fe la ha salvado siempre. «Sin fe estamos vacíos, sin fe no se puede vivir.» Amemos al prójimo y seamos un solo rebaño con un solo pastor.

Joaquim Vinardell dice que somos sembradores de semillas. Otros recogerán el fruto. Confie-mos, no perdamos la actitud optimista.

P. Joaquín explica que ciertamente ha habido mucho maniqueísmo en la enseñanza de la fe. Dios nos hace libres y contempla el rechazo de su amor. Para él la libertad es importantísima e irrenunciable.

Ser más en número no significa ser mejores. Para interpelar a los jóvenes hay que hacer un esfuerzo creativo. Pero sin libertad, sin autenticidad, no habrá testimonio creíble.

Con la oficialización del Cristianismo, la religión adoptó formas romanas y políticas, propias del Imperio. Eso no es lo esencial. Miremos a los orígenes. Todo lo estructural, todo lo “macro”, está contaminado de poder. Creo en la autoridad de Pedro y en la función del Papa, pero la macro-estructura no es lo esencial. Lo pequeño es lo más real, lo tangible, lo que tiene vida y se experimenta.

La semilla pequeña cae en tierra y germina. Las grandes revoluciones empiezan por la base, por el corazón de cada cual.

Ideas y sugerencias de mejora

Conchita. Hay que mejorar la comunicación interna, que todos nos enteremos de todo.

P. Joaquín. Tenemos cinco vías: la hoja, escrita y leída en las misas de fin de semana; la comunicación verbal al salir de misa; los carteles en la puerta; Internet y la página web. Y la más importante: el boca-oreja, que siempre podemos mejorar entre nosotros. Tengamos la costumbre de irnos comunicando todo, fijémonos si alguien falta para llamarle o avisarle. Hay que comunicar cada día. Podemos poner más carteles: en la sala San Félix y en la calle.

Jordi Sala. Le parece sorprendente que la gente no se entere, con tantos medios. Propone difundir más las actividades que se hacen en la parroquia, aprovechando las misas.

Enriqueta. Algunos grupos no se comunican bien entre sí.

Esther Prior propone montar alguna paradita informativa e incluso abrir un pequeño café o servicio de refrescos en el patio, para atraer a la gente.

Gabriela pide que las misas funerales de la semana se comuniquen en la hoja.

Maruja observa que muchos dejan la hoja en el banco, no hacen caso, y esto le da coraje. También propone que las misas funerales se avisen con tiempo para poderlo comunicar a la gente.

También propone organizar una o dos excursiones al año, para fomentar la convivencia.

P. Joaquín constata que la comunicación es un acto entre emisor y receptor, y que hemos de esforzarnos por interpelar al receptor, como sea.

Koba explica la experiència que viu en la calle. Allí hi ha moltes persones que també necessiten a Déu. S'usen tenir problemes d'alcohol i droga, sap que és complicat, però... ¿com es podria acollir-los i acostar-los? Són "pobres de Déu", necessiten a Déu. ¿Com respondre? Alguns venen a buscar menjar a Càritas.

P. Joaquín responde que és cert: la gent no necessita només aliments. Se'ns planteja com evangelitzar a aquestes persones, com donar-los resposta. Molts són musulmans, alguns passen religiosament. No és fàcil.

Vicente comenta que es pot millorar l'organització interna. En les misas tots estan dispersos, hauríem d'estar més units, més junts. Hi ha gent que veu i no sap a qui dirigir-se, hauria d'haver algú que acollís i informi. El P. Juan en la missa de 10 dels diumenges està sol: li falten lectors i ajudants. També hi ha que anunciar els cantos perquè la gent els prepare. I es podria organitzar una guarderia per als nens. Se ofereix per ajudar en la missa de 10 h.

P. Joaquín responde que ja hi ha persones que acollen a la porta del temple i informen a les que venen. En la missa de 10 alguna vegada pot ocórrer que no hi hagi ningú, però gairebé sempre hi ha feligresos que ajuden al P. Juan i a la leena. En quant a la distribució dels feligresos en missa, comenta que la qüestió és com "descongelar" a la gent que veu per inèrcia.

Esther diu que, quan celebrem festes, és una bona ocasió per comunicar. Amb el que tenim es podrien organitzar més coses, com una cafeteria al pati. Des d'allí es pot informar i recaptar fons per la parròquia.

P. Joaquín responde que això és complicat, i que no és el propi d'una parròquia. Se fan moltes coses i la gent participa poc. No es tracta tant de "com vendre" sinó de que els que ja estem aquí nos comprometem en seriós. Es tracta de profunditzar.

Zulema proposa que es facin més activitats per als nens, com teatre.

Montse Sarrà comenta que es podria promocionar més als nens de catequesis organitzant teatre, o alguna funció per motivar-los a seguir.

P. Joaquín contesta que aquestes idees estan bé, però que la parròquia no ven distraccions, no és un espai ni un centre de serveis socials. No vendem res, ofercem a Jesús. No rebajem la nostra missió. El resultat el tenim a la vista: per molt que nos esforçem, els nens després de la primera comunió ja no tornen. Hauríem de fer una escola de pares, una catequesis familiar.

Jordi Sala comenta que el problema és la societat de consum. Les famílies no tornen perquè estan distraïdes amb altres assumptes. Falta participació en les misas. El cura podria convidar a la gent a acostar-se més a l'altar. També falten lectors.

Admi diu que hi ha gent major que té falta d'energia i no se'ls pot demanar més. Molta gent veu a l'església amb ganes d'estar millor. Corren mals temps per als practicants, tots hem de ser caritatius i impulsors. No només es tracta de donar diners a l'església, sinó de donar afecte, escoltar, somriure. L'entorn que nos rodeja no ajuda, però hem de convencer

con nuestra actitud. No nos escondamos en el armario. Hay que decir a la gente, bien alto, que Dios nos ama y que con él se está muy bien.

Con los niños se puede hacer algo lúdico, teatro o coro, y animarlos a leer los domingos en misa.

Ve bien que se siga pidiendo ayuda económica. La Iglesia lo necesita y nuestra parroquia, con las obras y mejoras, está quedando muy bien. El patio se podría mejorar para que la gente quiera estar más, y esté más a gusto. Encuentra un gran acierto que el P. Joaquín decidiera que ya no aparcaran más coches.

Maruja comenta que «al buen vivir y al mal vivir nunca faltó qué decir», en el sentido que hay que hacer lo que sea conveniente, sin preocuparse por el qué dirán.

P. Joaquín comenta que todas estas ideas están bien, pero que hacen falta líderes, personas que estén al frente de cada actividad. Si no hay comunidad, no habrá sentido de pertenencia. Necesitamos personas que lideren y se comprometan. Si desde dentro se vibra, hay coherencia y autenticidad, las cosas saldrán.

Hay que tener realismo. Comencemos por lo que tenemos, tocando de pies a tierra. Y no nos vendamos, «no todo vale». Ni a cualquier precio. No bastan solo ideas, faltan personas que quieran estar y comprometerse. Con lo que ahora tenemos, ¿qué podemos hacer?

Siempre podemos soñar, es cierto. Pero despiertos. Y empezando a trabajar ya.

Soñar despierto quiere decir hacer un análisis realista de la situación. No venimos solo para estar bien. Tenemos que transmitir algo más. No seamos endogámicos. Dios es expansivo, comunitario, comunicativo. No caigamos en el hiperactivismo superficial. ¿No creemos que nuestro testimonio es suficiente?

Finalizamos la jornada después de la sobremesa, tras compartir un ágape festivo. Rezamos juntos el Padrenuestro y el Avemaría y nos encomendamos a San Félix.

30 de junio de 2012